

CAÍDA

Se cae —igual que en el pecado— en la poesía.
Un padrenuestro, arrepentimientos
fingidos, momentáneos,
alivian la conciencia
y permiten mirar a Dios —las musas—
como a un antiguo amigo
que nunca llegó a estar de nuestra parte.

Igual que un pozo al que nos acercáramos
para lanzar la piedra
o el corazón
(la otra y el uno son la misma cosa)
esperando dejarlos al margen de la vida,
y dudáramos luego
(mientras el corazón, mientras la piedra
se hunden en el vacío)
si hallarán el espejo o sólo sombras.

Así llegamos hasta la poesía
—igual que hasta el pecado—
y cantamos al hombre, a la piel
donde siempre quisimos extraviarnos
para dejar la soledad vencida,
al corazón
(ése que va camino del abismo),
o a la luna que trepa hasta el reflejo
de los escaparates
y florece en los charcos.
A una luna
—cantamos a un fantasma— de mentira.

Manuel Laespada Vizcaíno